

«CLARIN» Y UNAMUNO

No se conocieron *Clarín* y Unamuno. Su amistad fué simplemente epistolar, pero muy honda y creo que trascendente. En la primavera de 1936, el año en que murió Unamuno, irritado éste con el panorama de la vida pública nacional que tan implacablemente analizaba desde su mirador de la prensa diaria, buscó un nuevo cauce para sus colaboraciones en ella, iniciando, creo que por sugerencia de un compañero suyo de esta Universidad de Salamanca, una serie de escritos en los que iba galvanizando sus propios recuerdos personales. La tituló "Mis santas compañías" y sólo dos capítulos vieron la luz en las columnas del diario madrileño *Ahora*. De haberlos continuado serían, sin duda, parte considerable de sus memorias. En el segundo de ellos, al evocar a los amigos y conocidos de sus años se leen estas palabras: "*Clarín* no se me presenta, pues aunque crucé cartas con él, jamás le ví ni nos hablamos". ("Mis santas compañías", II, *Ahora*, 27-IV-1936).

Una afirmación semejante había hecho, años atrás, en la carta que dirigió al hijo del crítico asturiano —Adolfo Alas Argüelles— en 1930. Eran los días en que éste preparaba la edición del epistolario de su padre para el que había solicitado la autorización de Unamuno en cuanto a la inclusión de sus cartas a aquél, y muy poco antes de regresar don Miguel a España. La

carta de éste, firmada en Hendaya, dice así: “No conocí personalmente a su padre —a quien ni recuerdo haberle visto más que una vez—, aunque sí bastante a su tío de usted, don Jenaro, con quien charlé muchas veces”. (Carta de 3-II-1930, en *Epistolario a Clarín*, Madrid. 1941, págs. 42-43).

Aplazada la publicación de dicho epistolario para dar cabida en él a las cartas de *Clarín* junto a las de sus amigos, y requerida la colaboración de Unamuno para que aportase las que de aquél hubiese recibido, cinco años más tarde, escribe de nuevo: “Puede usted editar desde luego en ese epistolario de su padre las cartas que le dirigí. Desgraciadamente, de las pocas que de él recibí —no creo que llegaran a tres— no conservo ninguna o si las conservo me sería difícilísimo hallarlas en la ingente selva de mis papeles que apenas empieza a ordenar mi yerno. Soy un pésimo bibliotecario y archivero. A su padre no le hablé nunca ni recuerdo haberle visto más que una vez. Ni él ni yo frecuentábamos Madrid. En cambio traté algo a su hermano Jenaro, de quien conservo muy grata memoria”. Y más adelante expone un proyecto que es lástima no llegase a realizar. “He vuelto a releer —añade— cosas de su padre de usted, y me gustaría hacer, con calma, algo sobre él. Fué casi el único de su tiempo que experimentó hondas inquietudes íntimas espirituales”. (Carta de 9-III-35, en *Epistolario*, págs. 43-44).

No se cumplió el propósito de Unamuno, pero de su relectura de las obras de *Clarín* en aquellos años nos ha dejado un testimonio volandero que juzgo de veras interesante. Se halla en uno de sus artículos de periódico de 1934 y contiene un recuerdo de uno de los cuentos de *Clarín*, además de una pública incitación a la lectura de sus obras. Son motivo y ocasión de este testimonio la evocación que hace Unamuno del Ateneo madrileño hacia 1880, justamente al iniciar sus estudios universitarios en la capital, cuando vivía a la entrada de la calle de Fuencarral, junto a la Red de San Luis, y muy cerca del que llamó una figura de aquella época “el blasfemadero de la calle de la Mon-

tera". "¡Qué viva me ha quedado la impresión de aquel ambiente —escribe Unamuno— en que se deshacía la dogmática krausista, y que tan vivamente dejó grabado *Clarín* (Leopoldo Alas) en uno de sus maravillosos cuentos: *Aquiles Zurita*. Hay que volver a leer y releer, y paladear y digerir, los escritos de aquel hombre tan profundamente religioso, y comprensivo y sensitivo. Y español". ("La afanosa grandiosidad española", *Ahora*, 13-VII-1934).

Con testimonios semejantes podría restablecerse el proceso de la amistad de *Clarín* y Unamuno, muchas veces aludida en los escritos de éste posteriores a la muerte de aquél. Pero disponemos del que nos brindan las diez cartas que le dirigió, piadosamente conservadas y dadas a conocer por Adolfo Alas, en el epistolario varias veces citado. Y aunque no conozcamos las que Unamuno dice haber recibido de *Clarín*, su sola lectura atenta y algún dato complementario que hemos rebuscado nos permitirán trazar las líneas esenciales de esta amistad. Y es lo que vamos a intentar en estas páginas.

* * *

La primera carta que Unamuno escribió a *Clarín* data de 28 de mayo de 1895. Tomando como pretexto la lectura de una de las reseñas de éste en la "Revista Literaria" que habitualmente redactaba para *El Imparcial*, en la que a propósito de Nuñez de Arce hace una disquisición sobre el significado etimológico de la voz *adolescencia*, Unamuno, que en aquellos años se hallaba entregado a estudios sobre lingüística, luce sus conocimientos etimológicos ante el famoso crítico y puntualiza y corrige alguna de sus apreciaciones de este orden. "Como quiera que he dedicado gran parte de mi vida a estudiar lingüística —le escribe— y es mi *oficio oficial* explicar una de las lenguas clásicas en esta vieja Universidad, no he podido resistir al impulso de coger la pluma y dirigirle las precedentes observaciones. Siendo usted, como yo, catedrático, lo comprenderá y no me lo tomará a pe-

dantería. Que no ha sido mi fin darle una lección ni mucho menos le probará el haberlo hecho privadamente. No me gustan ciertas cosas ni ciertos procedimientos de más estruendo que sustancia, como diría fray Luis de León". A lo que Unamuno aspiraba, justa y legítimamente, era a que el gran crítico de aquellos tiempos se fijase en él, y por eso, no sólo le anuncia en esta carta el envío de sus primeros trabajos, los que había publicado en *El Nervión*, de Bilbao, sino que paladinamente lo proclama en estas palabras de aquélla: "Supongo, además, que usted —añade—, que tiene penetración y experiencia, verá desde luego lo que hay de pretexto en la ocasión que me ha servido para dirigirle esta carta. Y no digo más". (Carta de 28-V-1895, en *Epistolario*, pág. 48).

No sabemos si *Clarín* contestó a esta carta. Pero Unamuno, tres días después, le dirigía otra, en la que reaparece la *adolescencia* que motivó la primera, y puntualiza con entera franqueza su propósito. Tras de proclamarse lector asiduo del crítico asturiano y subrayar cómo "la minucia de la *adolescencia* me ha proporcionado pretexto para entablar relaciones", le ofrece nuevos datos etimológicos sobre el vocablo, y por último le habla de sí mismo "con la sencillez que creo debe usarse en casos tales". En primer término, de sus cinco ensayos *En torno al casticismo*, en los que puso "mucho alma y gran suma de trabajo"; luego, de su crisis religiosa que se propone utilizar en un cuento o relato cuyo asunto le expone; también, de cómo escribe sus artículos, cuya primera redacción suele ocupar "tres veces más espacio que el definitivo", lo que es fruto de una intensa tarea de condensación; y honradamente, satisfecho de su quehacer pero falto de renombre, porque "creo, sin falsas modestias, que lo que hago trae, envuelto en una forma enrevesada y algo inconexa, cosas vistas por mí", le pide su opinión en estos términos: "Unas observaciones críticas de usted no pueden por menos que hacer que mis trabajos sean más leídos. Fué mi carta, como usted lo ha comprendido desde luego, una ocasión para

venir a decirle: “¿Me ha leído usted? ¿Me conoce? ¿Qué juicio se forma de mi labor? ¿La cree usted digna de llamar sobre ella la atención del público?” La motivación íntima de esta actitud de Unamuno creo que se halla en estas palabras de su carta: “¡Estoy tan solo aquí y tengo tantas cosas que decir!”; y busca en *Clarín* un interlocutor, un consejero que juzgue y aliente a “un hombre joven que empieza a luchar”. Y acude a él no sólo porque es un crítico eminente, sino porque le debe, a él o a sus escritos “indicaciones, puntos de vista, ideas”. “Le he aprovechado —le dice— cuanto yo podía aprovecharle, me ha orientado en ciertas cosas, ha hecho fije mi atención en otras, ha sido el primero en descubrirme ciertos escritores que me han servido grandemente... Respeto mucho a toda persona, y muy en especial a aquéllas a las que debo algo, y a usted le debo bastante”. (Carta de 31-V-1895, *Epistolario*, págs. 49-56).

Clarín debió contestarle y aun anunciarle otra carta más extensa para dentro de pocos días, según se desprende de la que Unamuno le dirige, desde Bilbao, el 26 de junio siguiente. En ella, como es usual en su epistolario más íntimo, le da cuenta de sus trabajos, uno de ellos el de “dar remate a una especie de novela en que sobre el fondo de la última guerra civil carlista que he estudiado con cariño y de que fuí en parte testigo infantil, me he esforzado por dar vida al espíritu de esta mi casta vascongada y por resucitar el alma de mis recuerdos infantiles”. Se refiere a *Paz en la guerra*, aparecida en 1897, de la que *Clarín* no llegó a ocuparse en sus críticas, lo que dolió mucho a su autor. En una carta que dirigió a su íntimo amigo y paisano, Juan Arzadun, se lo confiesa: “¿Y tu libro? —le escribe—. Verías, creo, el artículo que te dedicó Villegas en *La Epoca*. A *Clarín* le remití ejemplar, pero ni aun de mi libro ha dicho nada, después de haberme acusado recibo. No me extraña”. (Carta de 30-X-1897, en la revista *Sur*, Buenos Aires, setiembre, 1944, número 119, pág. 58). En la carta de 26 de junio de 1895, a la que vengo refiriéndome, le dice a *Clarín*: “No sabe usted bien el placer

que tengo al seguir estas relaciones. Era usted una de las personas con quien más vivamente deseaba comunicarme, pues he conversado más de una vez con sus escritos". (*Epistolario*, página 60).

Todavía en 1895 vuelve a dirigirse a *Clarín*, apenas regresa a Salamanca para iniciar el curso académico. Es una carta en la que alude a su labor del verano y a otras obras que tiene en el telar, y se extiende en otras manifestaciones, en ese estilo tan personal de lo que él mismo llamó su "epistolomanía". "Estoy convencido —le dice— de que jamás me curaré del vicio de divagar y escribir cartas como Horacio odas, sin maroma lógica, dejándome llevar de la asociación de ideas. Así es la conversación cuando es viva, ¡y siento tanto no poder conversar con usted, en verdadero diálogo! ¡Siento tanto que nos veamos reducidos a los monólogos alternativos de una correspondencia epistolar!". (Carta de 2-X-1895, *Epistolario*, pág. 65).

Al año 1896, pertenecen las dos cartas siguientes, pero antes de referirnos a ellas debe ser incluída aquí otra noticia. En la primavera de dicho año, en abril o mayo, publicó Unamuno en el *Diario moderno*, de Barcelona, un escrito titulado "Sobre el uso de la lengua catalana", que dedica a su amigo en estos términos: "A mi amigo *Clarín*, el crítico más sugestivo de España", y al final de él alude a una crítica que dedicó al escritor catalán Narciso Oller, y al empleo por éste de su lengua vernácula. La primera de las dos cartas de este año comienza dando el pésame a *Clarín* por la muerte de su madre, que tan hondo dolor le causara. (Véase el capítulo XX, titulado "Una fiesta y una muerte", de la excelente biografía de Juan Antonio Cabezas, *Clarín el provinciano universal*, Madrid, 1936). Luego le da cuenta de haber leído *El gallo de Sócrates*, "que me dió muchas insinuaciones", y le anuncia el envío de *Paz en la guerra*, "mi primer libro, o sea mi primera obra de alguna extensión, una novela de la que van tirados ya seis pliegos". (Carta de 28-IX-1896, *Epistolario*, págs. 67-70). El envío se realizó en diciembre de este año, y

lo precede una carta en la que ofrece ciertos detalles sobre la gestión de esta obra: “La he pensado durante siete años —le dice—; he recogido datos, observaciones, reflexiones y meditaciones sobre ella, pero la redacción definitiva la hice este verano en una aldea de Vizcaya... He puesto en ella mucho de mi alma y he procurado poner la de mi casta vascongada... Hay frases perdidas en un relato que son el precipitado de lecturas y reflexiones nada breves”. Y le pide un juicio sobre ella. “Y lo que sobre todo le ruego es que cuando tenga a bien comunicarme sus impresiones insista y recalque en lo que de defectuoso e imperfecto observe en ella”. (Carta de 31-XII-1896, *Epistolario*, páginas 70-72).

Tras esta carta se abre un paréntesis de más de tres años en el epistolario de *Clarín* y Unamuno. Según éste dijo a su amigo Arzadun, *Clarín* le acusó recibo del libro pero no hizo de él crítica alguna, ni, probablemente, comunicó al autor sus impresiones. Pero hoy sabemos por Adolfo Alas, que su padre lo leyó íntegramente. “Si *Clarín* no dió a D. Miguel de Unamuno —escribe—, ni pública ni privadamente, su opinión sobre la novela *Paz en la guerra* (silencio que a su ilustre autor tanto le dolió, como se verá en sus cartas últimas) no fué por no haberla leído, pues figura en mi biblioteca el ejemplar que D. Miguel le envió y dedicó, y conserva perfectamente ciertas señales que mi padre solía hacer en los libros que leía y en los pasajes que de ellos llamaban su atención, por lo que puedo asegurar que *Paz en la guerra* fué leída íntegramente por *Clarín* y subrayados sus párrafos mejores”. (*Epistolario*, pág. 45).

Y así llegamos al año 1900. En una carta que Unamuno dirige a Luis Ruíz Contreras en el mes de enero hay una alusión irónica al quehacer del crítico. Refiriéndole cómo en Ibsen hay ecos de Kierkegaard, de quien aspiraba a ser el poeta, le da ciertos datos sobre el escritor danés con cuya obra entra en contacto por estos años. “Si yo fuese *Clarín* —le dice— me soltaba con un artículo diciendo: “Todavía no sabe nadie en España quien

es Kierkegaard y aquí estoy yo, aduanero de las Letras, para ponerle el marchamo". (Carta de 23-I-1900, en el libro de Ruiz Contreras, *Memorias de un desmemoriado*, Madrid, 1946, páginas, 173-174). Pero esta actitud debió ser pasajera. En marzo siguiente reanuda su comunicación epistolar con *Clarín* con motivo del viaje a Oviedo, a cuyo Seminario va como profesor, don Julio Cejador, amigo de Unamuno que le conoció en Deusto, cuando lo era de lengua griega. Una vez cumplido este menester le da cuenta de sus tareas, entre ellas la de una nueva edición de *Paz en la guerra* y la publicación inmediata de su libro *Tres ensayos*, del que se ocuparía *Clarín* poco tiempo después. Pero antes mencionaría, en una crónica que vió la luz en *El Español*, de Madrid (30-III-1900), una de las traducciones que por aquellos años embargaban las pocas horas libres de Unamuno: la del tratado de Schopenhauer que tituló "Sobre la voluntad en la naturaleza", y que el editor Rodríguez Serra había incorporado a su "Biblioteca de filosofía y sociología" (1).

En el mes de abril vuelve Unamuno a escribirle, una carta, por cierto, de gran interés, en la que como en la primera que le dirigió hace gala de sus conocimientos lingüísticos, a propó-

(1) He aquí los párrafos que se refieren a Unamuno de esta reseña dedicada a la "Biblioteca de filosofía y sociología", en la que apareció su traducción: "Empieza bien, por lo menos. Por una traducción directa (de verdad) del alemán, debida a un profesor que sabe alemán (de verdad) y... castellano, el Sr. Unamuno. El libro escogido no es muy nuevo, pero pertenece a uno de esos pocos autores que nunca envejecen, Schopenhauer, y además todavía, según dicen, no está traducido en francés ni en italiano. De modo que, si esto es cierto, y si lo será, cuando lo dicen personas tan formales, no hace falta otra explicación de la utilidad y oportunidad del trabajo concienzudo que debemos al Sr. Unamuno. Aquí suele entregarse las traducciones a gente que no sabe escribir literariamente en castellano. Da gusto leer esta traducción de Unamuno, que no sabe a alemán, ni a francés (es claro), ni a más que a español, puro, sencillo, corriente. Para traducir a Schopenhauer no basta saber alemán y español; es necesario saber filosofía y haber entendido el sistema de Schopenhauer, lo cual no es tan fácil". (Crónica. Biblioteca de Filosofía", en *El Español*, Madrid, 30-III-1900).

sito de algo que públicamente preguntaba *Clarín* en uno de sus *Paliques* sobre el nombre de Sansón. Hay en ella, además, curiosas afirmaciones sobre sus preferencias estilísticas y sobre la inveterada predilección unamuniana por el neologismo semántico; revela su decidida preferencia por las formas populares, aduce creaciones del lenguaje infantil, ejemplificado con el de sus propios hijos, etc., informa a su amigo acerca de sus lecturas más recientes, libros de teología luterana, rechaza que se le tome por *sabio*, y, como es natural, vuelve a referirse a la segunda edición de *Paz en la guerra*, y alude a la corrección de pruebas de sus *Tres ensayos*, que poco más tarde remitiría a *Clarín*. (Carta de 3-IV-1900, *Epistolario*, págs. 74-83).

De este breve libro de Unamuno, en el que se contienen los ensayos titulados ¡*Adentro!*, *La ideocracia* y *La fe*, se ocupó ampliamente su amigo dedicándole por entero uno de los artículos de su habitual "Revista literaria", en el diario madrileño *Los Lunes de El Imparcial*. Apareció esta reseña en el número de 7 de mayo de 1900, y tres días después dirigió Unamuno a *Clarín* la carta más extensa de su epistolario. No me es posible recogerla sino en sus líneas esenciales, pero para que el lector, ya que aquélla es accesible, pueda verificar por sí mismo las referencias que a la crítica de *Clarín* se contienen en ella, reproducimos dicha reseña como apéndice de este trabajo.

Califica Unamuno a su carta de confesión. "Voy a desnudarme en ella —le dice— y alguna vez a desnudarle el concepto que de usted tengo formado. Quiero que corra mi pluma *ex abundantia cordis*". Y así es toda ella. Después de reconocerle como "uno de los educadores de su mente" puntualiza su disparidad con el menester crítico de *Clarín* en algunos casos concretos, y sobre todo en "su actitud de reserva frente a los jóvenes de empuje". A través de estos párrafos apasionados se descubre que Unamuno fué un lector atento de la obra de su amigo. Luego viene el análisis de la reseña que de su libro hizo, "y como quiero ser absolutamente sincero —escribe—, me va usted a permi-

tir un artificio, infantil acaso, y es que hable de mí mismo en tercera persona”. Y escudado en este artificio, que realza la espontaneidad de su expresión, se retrata a sí mismo en una serie de trazos que considero esenciales para sus futuros biógrafos. “Unamuno —le dice— es una víctima de sí mismo, un *heautontimoroumenos*. Pásase la vida luchando para ser como no es y sin conseguirlo... Cuando Unamuno dice y repite que hay que vivir para la eternidad y para la historia es porque sufre de querer vivir en la historia, y aun cuando su parte mejor le muestre lo vano de ello, su parte peor le tira. Aquí lo de San Pablo: “No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero hago”. Pero sufre a la vez de que le atribuyan a ese sólo móvil el ansia de notoriedad y fama, cambios y actitudes que le arrancan del corazón”.

Un largo párrafo de esta carta memorable, fechada en Salamanca el 9 de mayo de 1900, nos puntualiza otros detalles de la relación de su autor con *Clarín*. De ello se desprende que cuando iban publicados algunos de los cinco ensayos que constituyen *En torno al casticismo* el crítico asturiano le escribió diciendo que aquello era “fuerte, nuevo, original”. “Y ¡cómo se esponjó el pobre!, —le dice. ¡Qué ánimo le dieron esas palabras de uno de los que habían obrado en su espíritu durante su juventud!”. También por esos años —1895— *Clarín* se ocupó de él en las columnas del *Heraldo de Madrid* donde “barajando su nombre con el de Ihering —añade— le prodigó usted un elogio acaso excesivo, aunque él no lo creyera así. Pero Unamuno es agresivo, y tiene la desgracia de despreciar demasiadas cosas (ahora mucho menos que antes). En el último de sus ensayos *En torno al casticismo* aludió a usted juzgándole severamente, repitió la alusión en otras partes, y usted calló. En otro artículo llamó usted a eso mismo del casticismo trabajo “discreto” y a él discípulo de Menéndez Pelayo, y él, recordando lo de “fuerte, nuevo, original”, vió no sé qué en lo de “discreto” y vió también algo en lo de discípulo de D. Marcelino cuando él se sabe no ser discípulo

de éste o de aquél, sino de todos". Creo que merecería la pena, no puedo detenerme en ello, reunir estas menciones de *Clarín* sobre los escritos de Unamuno. A las que habría que añadir otras que se contienen en este pasaje: "Y de pronto empezó usted a romper poco a poco su silencio respecto de él, y hoy aquí, mañana allí, de paso, con *deferencia*, le citaba usted. Dió usted cuenta de su traducción de Schopenhauer [ya nos hemos referido a ella anteriormente], mencionó un artículo suyo sobre enseñanza [seguramente alguno de los ensayos que forman el que tituló *De la enseñanza superior en España*] y llegan los *Tres ensayos*. Voy a su crítica de éstos".

Una lectura de la reseña de *Clarín* iluminaría los párrafos de la carta que Unamuno le dirige analizándola. Pero como este menester alargaría estas páginas he de limitarme a destacar el juicio conjunto que la crítica clariniana le mereció: "Es una crítica bien hecha —comienza diciéndole— pero sobre todo hábil, habilísima. Se ha mostrado usted maestro en el arte de decir una cosa al grueso del público y a los que saben leer otra cosa. Usted le reconoce "la originalidad capital y evidente de decirlo por su cuenta, de haberlo *discurrido* él, aunque algo semejante —no igual— haya oído o leído, etc."; pero discurre usted de porqué descarga Unamuno su opúsculo de "citas y referencias a autores y doctrinas que en un sentido u otro puedan coincidir con sus teorías y darlas la fuerza de la autoridad". Aquí está el clavo de la habilidad de su crítica. "No cita a nadie, todo lo dice como si aquellas novedades, que lo serán para muchas, se le hubieran ocurrido a él sólo, o como si no supiera él que ya han sostenido cosas parecidas otros. Pero no se crea que esto es por vanidad, por echarlas de inaudito, etc." Con el corazón en la mano, amigo Alas, ¿no es esto una estocada?". Contra estas apreciaciones se revuelve Unamuno en estos términos, en los que creo se condensa todo su alegato: "Y ¿por qué no hace citas Unamuno? Primero y principal porque esas *novedades*, si no son de él, no son tampoco de A. o B., o C., sino que flotan en

el ambiente intelectual moderno, y no recuerda haberlas leído aquí o allí, sino que han surgido de sus lecturas todas, porque nada tiene de erudito aunque tenga de sabio, porque lee poco (es la verdad), aunque leyó mucho. Unamuno no pudo preveer eso “sin relación con nadie”. Según ese criterio, nadie es original”. Y más adelante “El ¡*Adentro!*, a mi juicio lo mejor de sus *Tres ensayos*, le ha salido del alma; y ahí está su originalidad, en lo espontáneo, aunque parezca forzoso”.

Es esta carta de Unamuno un documento humano de excepcional importancia y creo que aclara las relaciones de amistad que unieron a ambos escritores: “Yo *quiero* ser su amigo” le dice en una ocasión, y “*quiero* que de esta carta salga una amistad” reitera al final de ella. A este respecto creo que el siguiente pasaje es esencial para una recta comprensión de la actitud de Unamuno a la vez que una buena muestra de su estilo epistolar: “No sé bien lo que llevo escrito en esta carta, parte de confesión, parte de queja, parte de gratitud, parte de recriminación, parte (¿por qué no?) de consejo; sólo quisiera que de ella saliese una amistad verdadera. Porque usted y yo, *amigo* Alas, nos hemos llamado amigos, pero, pongamos las manos sobre el corazón y digámonos ¿lo hemos sido? Mirando algo hondo, no, y mirando más hondo todavía, sí. Sí, por lo menos por lo que a mí toca, porque usted entró mucho en la educación de mi mente y son mis amigos cuantos formaron mi espíritu. Después de todo, ¿qué importa lo que de nosotros digan, si por debajo de ellos adivinamos lo que de nosotros piensan?”.

Aunque esta carta fuese motivada por la reseña que *Clarín* hizo del librito de Unamuno *Tres ensayos*, y a ella se refiera la mayor parte de su contenido, otra era también la causa por la que su autor daba rienda suelta a sus quejas. Tal vez más honda y añeja, y como es natural aparece en estos pasajes apasionados y sinceros. Me refiero al silencio de su destinatario sobre la primera novela unamuniana *Paz en la guerra*. “Publicó su novela, —le escribe— una novela en que puso diez años de meditacio-

nes, de estudios, de contemplaciones; su vida de niño, el dramático sitio de Bilbao de que fué testigo, sus montañas, su raza vasca; envió a usted la novela, usted le contestó que por el pronto no podía leerla, pero cuando lo hiciese le daría su juicio, y el pobre se dijo: no lo da. Esperó, y esperó, y esperó en vano. Y siguió intentando molestar a usted con alusiones más o menos veladas, y las vió muy transparentes a él en sus escritos de usted. Y en tanto seguía el pobre proponiéndose ser como no era, y no soñando más que en levantar su novela (que acá, para *inter nos*, es, a mi juicio, de poco valor en este caso, enormemente superior a todo lo demás que ha hecho). Y un día en parte, él mismo lo reconoce, por romper su silencio de usted, y en parte porque le dolía esa actitud ambigua con un hombre a quien debía favores íntimos (los que al principio de esta carta decía) le escribió a usted, y al escribirle quiso ser sincero, y declaró netamente lo que había mediado. Y usted le escribió una carta cariñosa, sí, pero en que siguiendo el procedimiento corriente y vulgar quería borrar aquellas insinuaciones con que respondiera a las de Unamuno, negándolas, diciendo que no recordaba de ellas". Después de dar salida a este íntimo reconcomio, ya al final de la carta, vuelve Unamuno, en otro tono, al tema acuciante de su novela: "Vuelvo a rogarle que lea mi pobre hijo, mi pobre hijo predilecto, y me desengañe en mi ciego cariño, si es que estoy engañado. Un escritor que hace un librito de setenta páginas, que "hace pensar", y del que se propone usted hablar en muchos periódicos y acaso hacer de su examen asunto del primer folleto que usted escriba (¡Oh, y cuánto, cuánto le agradece esto un espíritu inquieto, sediento de atención, ávido de que se le oiga!), un escritor así, ¿no merece que un crítico de profesión intente leer la obra en que enterró su juventud y diez años de meditación por las páginas de la historia y las crestas de las montañas nativas? Si me equivoqué, si no es lo que creo, si con pulimento y lima no ha de quedar una novela que flote sobre la multitud

de las hechas al correr de la pluma, desengañeme". (Carta de 9-V-1900, *Epistolario*, páginas 84-100).

Esta carta de Unamuno debió cruzarse con la que *Clarín* le dirigió —cuatro letras en realidad, según aquél nos dice— enviándole el recorte de *El Imparcial* con su reseña, corregidas, por cierto, de su mano, las erratas. Porque al día siguiente, el 10 de mayo, volvía a escribirle Unamuno, acusándole recibo de su envío y refiriéndose de nuevo a la carta anterior. "Anoche hubiera querido recogerla —le dice— (siempre me pasa lo mismo), pero me he aquietado diciéndome: hiciste bien, tómelas como las tome, fuiste sincero, vaciaste tu alma. Lo único que hará es templarla reconociendo cuán de simpatía y de justicia es su crítica. Pero, ¿debí reservarme esa impresión primera? No, hice bien en transmitírsela a usted. Conozcámonos con nuestros flacos y debilidades". Luego se refiere a la reseña de *Clarín*: "Usted prefiere de los tres ensayos *La fe*, que es, sin duda, el que más al unísono está de sus ideas y sentimientos. Yo prefiero el primero, el ¡*Adentro!*, y lo prefieren aquellos de mis amigos, de la llamada *gente nueva*, que me han escrito. Es lo más mío; es donde más alma he puesto; poco o mucho original lo es muchísimo más que los otros dos. El primero me ha brotado del corazón, de la cabeza los otros dos". Y más adelante: "Sí, lo que usted dice en su crítica de elogio, simpatía y aplauso es propio para animar y propísimo para acrecentar mi público, los reparos que me pone son de *absoluta* justicia, pero los hubiera querido (tanto por usted como por mí) menos hábiles, más duros, y a la vez (pero ¿qué derecho tengo de querer nada de eso?) a la vez de justicia relativa, de la que se usa de continuo y usted mismo de continuo usa". Finalmente creo que en este párrafo se acendra toda la motivación de la carta anterior: "¿Era la carta dura? No lo creo; la inspiró (créame o no) un verdadero cariño, un afecto mental que arranca de hace quince años lo menos. ¿Era una explosión de mal contenida soberbia? Cuando la recuerdo, la encuentro tan hondamente modesta, tan humilde! ¿Por qué

no me contuve de escribirla? Porque iba a usted y estoy profundamente convencido que ha sufrido usted cuantos sufrimientos de amor propio allí se revelan, porque iba a usted, a quien creo (tal vez me equivoque) en un estado de ánimo muy análogo al mío. Usted habrá sentido en el alma hábiles elogios y habrá agradecido rudos ataques, ataques sin velo". (Carta de 10-V-1900, *Epistolario*, págs. 100-105).

Creo que fué ésta la última comunicación epistolar entre Unamuno y *Clarín*. El tiempo debió de cicatrizar la herida, la que aquél llamó la "tormenta que ha levantado [su artículo] en este mi pobre espíritu inquieto", y que sólo podemos hoy seguir acudiendo a otro testimonio rigurosamente coetáneo y también íntimo. En efecto, a los cuatro días de su última carta a *Clarín*, el día 14 de mayo, escribe Unamuno a Luis Ruíz Contreras, y lleno como estaba su ánimo de la reciente impresión, no falta una amplia referencia a ella. "La crítica de *Clarín* —le dice—, a pesar de su transparente ambigüedad y doblez, habrá contribuido a darme algunos lectores; y esto ya es algo. Por lo demás, me hizo gracia su concepto de la originalidad absoluta (que en nada existe); sus reticencias; y cómo busca (sin encontrarlas) mis verdaderas fuentes. Porque yo leo mucho, es indudable, (aunque menos de lo que imagina él); pero no leo lo que él supone. No conozco a los más de los autores que me cita... La originalidad de cada cual estriba en vaciar su alma; en el soplo que anima su obra. Nadie se apropia nada y todo lo sabemos entre todos". Y después de extenderse en agudas consideraciones sobre ello, reiterando ideas y aun expresiones que ya están en su última carta a *Clarín*, esto que sigue: "Mientras escribo esta carta estoy distraído; distraído por dos cosas: en tomar notas para un ensayo acerca de *La originalidad*, fruto del miserable escozor (¡somos carne incorregible, amigo Contreras!) que lo de *Clarín* me produjo, y con esto habrá dado algún fruto (debemos sacarlo hasta de nuestras flaquezas), pues elevándome sobre lo que personalmente me concierne, generalizaré el asunto

(depurándolo todo lo posible). También tomo notas de lo que digo más arriba: que no somos nuestros; que la individualidad es producto social; que soy “todo lo que no es que yo no sea, tanto como todo lo que soy”. Y esto se me presenta, en cierto aspecto, en forma de poema: al punto de que hace ya cinco minutos que me bulle este verso:

Tienden en mí mis padres a mis hijos”.

(Carta de 14-V-1900, *Memorias de un desmemoriado*, p. 177-179).

Otro eco también contemporáneo podemos descubrir en una carta, aún inédita, que el 17 de mayo dirige Unamuno a su amigo el escritor catalán Pedro Corominas: “Cuando escribí la carta a Rodríguez —escribe— estaba bajo el influjo de la impaciencia que a raíz de publicar algo de algún empeño me entra siempre y bajo el influjo del escozor que me causó la crítica ambigua y de mala fe de *Clarín*. (Carta de 17-V-1900). El último eco de esta naturaleza, muy de otro tono ya, es de 1901, el año en que murió *Clarín*, y pertenece a otra carta de Unamuno a su amigo el navarro Jiménez Illundáin. “¿Conoce usted *La Lectura*, —le dice—, revista que lleva publicados varios números? En ella colaboro regularmente. Tiene el defecto de ser demasiado lujosa. *Clarín* acaba de publicar en ella una crítica de *Trabajo*, de Zola, que me ha gustado mucho y que suscribiría por completo”. (La carta está fechada en el mes de octubre, y como el crítico asturiano murió en junio de ese año creo que la expresión “acaba de publicar” tiene todo el valor de un presente histórico. Puede verse en el libro de Hernán Benítez, *El drama religioso de Unamuno*, Buenos Aires, 1946, págs. 339-340).

Pero volvamos a la extensa carta de Unamuno a *Clarín*, la de 9 de mayo de 1900. Me refería más atrás al íntimo reconcomio que causó a aquél el silencio de su amigo sobre su novela *Paz en la Guerra*. Adolfo Alas nos ha dicho que su padre la leyó íntegramente y subrayó aquellos pasajes que despertaron su interés. “Pero hacer una crítica concienzuda de esta obra —ha es-

crito— o contestar a una carta de doce carillas bien repletas, como la penúltima del insigne pensador, era labor que exigía un tiempo del que pocas veces disponía mi padre, verdaderamente abrumado de trabajo y, además, enfermo en sus últimos años” (*Epistolario*, pág. 45). Y a su testimonio hemos de atenernos, faltos como estamos de otros más directos del propio *Clarín*. Y aquí debe recordarse lo que muy agudamente señaló José Antonio Maravall cuando se publicó el epistolario reunido por Adolfo Alas, en 1941. Refiriéndose a las cartas que lo integran dice: “Están escritas, pues, por ellos [hombres de letras] en edad de lucha todavía, cuando aun no se habían convertido en figuras rígidas en virtud de esa hieratización que la fama trae consigo”, pero “es una lástima —añade— que estas cartas no vayan acompañadas de las que escribiera *Clarín* al contestar a algunas de ellas. Al leer sólo las que a él se le dirigieron obtenemos el perfil de éste a la manera del negativo de una mascarilla, algo así como el molde vaciado sobre su propio rostro”. (“La mascarilla de *Clarín*, en *Arriba*, Madrid, 27-XII-1941). Lo que es verdad. En el caso de Unamuno ya sabemos, él mismo se lo comunicó al hijo de *Clarín*, que no encontró las cartas de su padre, y por eso hemos tenido que limitar nuestra tarea utilizando textos suyos, preferentemente sus propias cartas, que por su tono y circunstancias eran la fuente más apropiada para trazar la línea de una amistad. Lo hasta ahora escrito se ha basado en este tipo de documentos, de ahora en adelante emplearemos otros textos unamunianos, todos ellos publicados, pero eligiendo aquéllos menos conocidos. Con ellos confiamos completar el tema que encabeza estas páginas.

* * *

Después de la muerte de *Clarín* reaparece su nombre frecuentemente en la obra de Unamuno. Como mención individualizada o evocándolo en el recuerdo. Los de este tipo fueron re-

producidos al principio de este ensayo. Ordenemos ahora los restantes, siguiendo, en lo posible, un orden cronológico.

En uno de los ensayos más típico y revelador de las inquietudes lingüísticas de Unamuno al comenzar el siglo, el titulado *La reforma del castellano*, aduce su autor una conocida frase de *Clarín*. Está fechado en noviembre de 1901 y al referirse a la necesidad de injertar nuevos modos expresivos en el español dice: “Esta tarea revolucionaria en nuestra lengua, con sus excesos y todo —¿qué revolución no los trae consigo?— hará su obra. La prefiero a la labor de marquetería, cepilleo y barnizado de los que, aspirando a castizos, por castigar el estilo castigan al lector, como decía *Clarín*”. (*Ensayos*, III, pág. 90). Y en una correspondencia a *La Nación*, de Buenos Aires en la que comenta el viaje a América del poeta Vicente Medina, fechada en 1908, a la que titula *El poeta emigra*, alude al libro que le dió a conocer, *Aires murcianos* (1898), cuyas trece poesías cortas, son “trece suspiros, como dijo *Clarín*, y reproduce un párrafo de éste. (V. mi edición, *De esto y de aquello*, Buenos Aires, 1950, I, pág. 243).

Entre estas dos menciones de otras tantas frases clarinianas debe situarse otra, que por su tono autobiográfico juzgo de mayor interés. “Son muchos —escribe en 1907— los que a la muerte de *Clarín* me vinieron con el cuento de que le sustituyera echándome al cuello el dogal de crítico de profesión. Lo que buscaban no es que marcarse rumbos a nuestras letras, no, sino que les elogiase a ellos sus obras. Se me quería de instrumento”. (“Sarta sin cuerda”, en *De esto y de aquello*, II, pág. 135). Por aquellos años, 1901, Unamuno acababa de iniciar su colaboración en la revista madrileña *La Lectura*, en la que mantenía una sección de crítica literaria hispanoamericana, que hubo de abandonar más tarde. Según le dice a *Clarín* en una de sus cartas, parece ser que en vida de éste no faltaron quienes le hicieran análogo proposición, que también rechazó. Y en la nota que puso al soneto CXIX —fechaado en diciembre de 1901— el que de-

dica al gracioso calderoniano de *La vida es sueño*, homónimo del crítico asturiano, saliendo al paso de posibles errores, subraya Unamuno que la memoria de Leopoldo Alas le es veneranda. (*Rosario de sonetos líricos*, Madrid, 1911, página 284).

Uno de los pasajes más jugosos, perteneciente también a un escrito de carácter autobiográfico, muy poco conocido, creo que es importante para el establecimiento de una semejanza entre ambos escritores. Semejanza sobre la que ya llamó la atención no hace muchos años Melchor Fernández Almagro. "Porque *Clarín* —escribió en 1947 reseñando la edición de *Obras selectas*—, tan libresco, era patéticamente humano, y vivió problemas de su tiempo con dramatismo muy al estilo de Unamuno, con el que, por cierto, ofrece, en su existencia mortal y en su obra imperecedera, patentes analogías". Por eso es oportuno este pasaje unamuniano, públicamente dirigido a Luis Bello. "Acaba usted su breve ensayo crítico, amigo Bello, —escribe— reconociendo que encuentro ternura, que describo con amor, que expreso paisajes vistos a través de un velo de lágrimas. Y se pregunta usted porqué *Clarín* y yo, dos críticos, hemos acertado a dar esa dulce emoción tan rara en nuestras letras. Y dice usted: ¿"Será verdad que sólo los cerebrales pueden atreverse a llamar a las puertas de nuestro corazón?" ¿Cerebrales? ¿Cerebral *Clarín*? ¿Cerebral yo? Si supiera usted lo que molesta, hasta físicamente el corazón. Acaso mi corazón esté en el cerebro. Yo mismo he inventado para los médicos amigos que me hablan de mis aprensiones lo de la disnea cerebral, y suelo decirles: Anoche sentí opresión del pecho en la cabeza. No; si hemos acertado algo de eso, es porque *Clarín* era, como yo, un yo. Y hasta un egotista. Nos hemos tocado el alma propia. Ya sabe usted aquello de *si vis me flere...* etc. ¡A través de un velo de lágrimas! ¡Y tanto!" ("Sobre mí mismo. Pequeño ensayo cínico", en *Los Lunes de El Imparcial*, 24-XI-1913).

Y al *Clarín* novelista, por el que siempre sintió Unamuno auténtica veneración —véase uno de los párrafos de su memora-

ble carta de 9 de mayo de 1900: “usted que ha hecho las novelas más sugestivas y más hondamente tiernas, y los cuentos más sentidos”—, al novelista, digo, está dedicado este otro pasaje, en el que regatea los méritos como tal de Pérez Galdós, con ocasión de su muerte. “Novelistas ha tenido España en el último tercio del siglo XIX —escribe—, y excelentes por cierto? ¿Es que Galdós se ha elevado como tal por sobre Alarcón, Pereda, Valera, doña Emilia, Palacio Valdés, *Clarín*, Picón, Blasco Ibáñez y otros, de tal modo que los dejase como a pedestal de su gloria? ¡No! Es más; tomemos la que se estima ser la mejor novela de Galdós; comparémosla con la que se crea mejor de cada uno de los novelistas precitados y, por nuestra parte, no nos atreveremos a darle la primacía a la galdosiana. Ateniéndonos ahora sólo a las de los muertos, no nos resolvemos a poner ninguna de las novelas de Galdós por encima de *El sombrero de tres picos*, o *El escándalo*, de *Sotileza*, de *La Regenta* o de alguno de los estupendos cuentos clarinescos. Y es que en Galdós lo que domina es la obra total, el conjunto, la masa”. (“Con el palo en el bombo”, en *El Liberal*, Madrid, 21-II-1920).

Para completar, en lo posible, este cuadro de la relación entre nuestros dos escritores he aquí unas últimas alusiones a *Clarín* en los escritos unamunianos. Cuando *Azorín* publicó su libro *Un discurso de La Cierva* (1914) se ocupó de él en una de sus colaboraciones en la prensa diaria, y al referirse a la defensa que su autor hace del estilo de Cánovas del Castillo recuerdan ambos que *Clarín* lanzó sobre él la acusación de laberíntico. (“La Humanidad y los vivos”, en *De esto y de aquello*, I, pág. 290). Al publicarse *La casa de la Troya*, de Pérez Lugín, que muchos críticos de entonces supusieron obra del escritor gallego Camilo Bargiela, Unamuno rechaza esta aseveración y recuerda un episodio semejante de la vida de *Clarín*. “Desde luego —escribe—, y aun sin conocer ésta, me atrevo a asegurar que el cargo es infundado, como suelen serlo casi siempre los de semejante índole. Pues no faltó en su tiempo quien afirmase redondamen-

te que *La Regenta*, de *Clarín*, era un plagio de la *Madame Bovary*, de Flaubert". ("A propósito de Camilo Bargiela" en *El Liberal*, Madrid, 26-X-1920). Ahora recuerda Unamuno un episodio de sus años mozos, pero mucho antes, en su memorable carta a *Clarín*, la de 9 de mayo de 1900, se había dirigido a él en estos términos: "Y ahora me acuerdo de su *Regenta* y de los juicios que provocó. Tachósele a usted, con soberana injusticia, de plagiarlo de Flaubert por aquella obra, en que yo veo la flor de sus experiencias y reflexiones de joven, lo más fresco de usted, y tanto arrancado de la realidad, intuída y sentida. Y fue usted en ella original, realmente original, y no es menester que se cite a Flaubert, no más menester que el que yo cite a los que con mi pensar coincidan. (Vuelvo a abogar *pro domo mea*)." (*Epistolario*, páginas 97-98). Y en 1923, blasonando de su condición de poeta, que ya había mantenido ante *Clarín* en su correspondencia, cuando aún no había publicado sus libros de poesías, recuerda otro dicho, muchas veces repetido, de aquél: "*Clarín* dijo una vez, —escribe— para molestar a Manuel del Palacio, que había en España —entonces, se entiende— dos poetas y medio. Los dos eran Campoamor y Núñez de Arce y el medio era Palacio. Pero no cabe ser medio poeta. Se será grande o chico, mayor o menor, pero se es entero o no se es". ("Además...", en *Nuevo Mundo*, 27-VII-1923).

* * *

Menciones como éstas podrían espigarse en los escritos de Unamuno. Pero creo que en sus trazos fundamentales queda perfilada la historia íntima y pública de su relación con el crítico asturiano, que cabría extender, y en parte se ha hecho, a la que con él y con su obra mantuvieron los restantes escritores del 98. Y me refiero ahora a este criterio generacional, aunque para muchos resulte de significación relativa, porque en la tan citada carta de Unamuno a *Clarín* creo que apunta esta concepción en este pasaje: "Tal vez esté yo equivocado, tal vez

haya incompatibilidad entre usted, de la generación que salió del 68, y nosotros, los que aún no pasamos de treinta y cinco años, pero los viejos me parecen inferiores a los que hoy salen. ¿A qué vino lo de oponer la gente *novísima* a la *nueva*? Si en sus reparos a la gente nueva le creyesen sincero, la misma gente nueva le querría". (*Epistolario*, págs. 95-96).

De todo ello creo debe deducirse esto, teniendo en cuenta las circunstancias personales de nuestros dos escritores. En 1895 *Clarín* es la máxima autoridad en la crítica literaria española. Un juicio suyo asegura la fama o envuelve en el ridículo a un escritor que empieza. Y Unamuno, catedrático de Salamanca desde 1891, inicia por entonces su actividad literaria, en la que ya se cuentan algunos ensayos fundamentales y una novela extensa, *Paz en la guerra*. *Clarín* pontificia desde su retiro de Oviedo, por el que entonces pasaba el meridiano de las letras, según dice acertadamente Juan Antonio Cabezas, y Unamuno escribe y medita desde su apartada Salamanca. Pero el punto de convergencia de sus actividades es Madrid, el escenario de la vida literaria nacional, por el que ninguno de ellos sintió nunca gran atracción, lo que es otro rasgo que asemeja a sus figuras. No se conocen personalmente y Unamuno aprovecha una minúscula oportunidad —la etimología de la voz *adolescencia*— para entrar en relaciones con el crítico, como paladina y generosamente le confiesa. Y no desaprovecha la coyuntura, como su epistolario nos revela. Véanse las seis cartas que le dirige en los años 1895 y 1896. Al año siguiente publica Unamuno su primera novela, *Paz en la guerra*, en la que tanto afán puso y se la envía a *Clarín*. Es su primera obra literaria de gran envergadura y es legítimo que aspire a que se hable de ella. Pudo satisfacerle la influencia de esta obra en *Luchana*, uno de los episodios galdosianos, pero quería una opinión autorizada, una frase de aliento o una condenación de su modo de hacer. "¿Si usted supiera qué de ilusiones me llenaban al escribir mi *Paz en la guerra* —le dice—, y verter toda mi niñez

y mi juventud en ella!". Unamuno aspira a la popularidad literaria y acude noblemente a *Clarín* sin ocultarlo. Y he aquí que éste guarda silencio sobre este tan dilecto hijo unamuniano durante tres años, al cabo de los cuales dedica un artículo entero en su revista literaria, no a aquél, sino a un librito, *Tres ensayos*, denso y nutrido, sí, pero en la línea de una actividad en la que su autor venía actuando desde 1894, y que no era de estricta creación literaria. Comprendemos su desilusión, el ansia con que en lo más álgido de este incidente epistolar insiste para que *Clarín* juzgue su novela.

La muerte del crítico cerró toda posibilidad al cumplimiento de este anhelo unamuniano, que es muy probable también que no hubiese visto realizado. Pero de él nos han quedado unas páginas epistolares inigualadas, en las que se escuchan los latidos de un corazón y se descubre un hombre de carne y hueso. El resto son los trazos complementarios de la historia de una amistad entre dos seres a los que era mucho más lo que les unía que lo que les separaba.

M. GARCIA BLANCO

Salamanca, septiembre de 1952.

A P E N D I C E

Crítica de *Clarín* del libro *Tres ensayos*, de Unamuno (1)

Otro libro de pocas páginas (70) —y que merece ¡ya lo creo!, artículo, y aun artículos aparte.

Su autor no necesita ser presentado, pues hace tiempo que sus méritos le han hecho popular, hasta donde cabe que lo sean en España los que escriben sólo de cosas serias.

Unamuno, profesor de lengua y literatura griegas en Salamanca, es un notable polígrafo, lo cual no le impide ser especialista en algunas ciencias. Pero no hay que llamarle sabio, porque se le molesta. El prefiere las obras de imaginación y sentimiento, por motivos muy filosóficos y largos de explicar, que justamente son el principal asunto de dos de estos *ensayos* que ahora publica. Nos anuncia que va a publicar hasta versos —27 poesías según leo— y desde luego advierte que da más importancia a estas composiciones que a sus trabajos de lingüística, obra de largos y felicísimos estudios, como yo sé de buena tinta y por varias pruebas experimentales. Para *enfadarse* (?), como relativamente se enfada con varios amigos *oficiosos*, entre los que me cuento, que le animan a proseguir cultivando con ahinco la *alta*, o mejor, profunda filología, no tiene razón Unamuno, aunque él crea apoyarse en sus teorías sobre el valor deleznable de las ideas, del estudio, y cosas por el estilo. Hay que distinguir. Suponiendo, por un momento nada

(1) Publicada en *Los Lunes de El Imparcial*, Madrid, 7 mayo de 1900. Utilizo el recorte que *Clarín* envió a Unamuno, con correcciones autógrafas.

más, que es verdad cuanto expone al caso en sus ensayos *Adentro* y *La Ideocracia*, no con esto queda probado que en el trabajo del sabio — ¡pero si lo es! — catedrático valgan más los versos, las novelas, los cuentos, etc., que las investigaciones científicas. Para mí tiene mérito grande Unamuno también como cuentista, como articulista ameno; no sé lo que vale su novela porque no la he leído todavía, pero he oído de ella grandes elogios; deseo y espero que sus versos también me gusten; pero no se trata de eso ni de nada que tenga nada que ver con el amor propio de mi querido compañero. En supuesto, solo así, cabe pensar que las obras puramente artísticas de Unamuno pueden ser malas o inferiores por lo menos en mérito relativo a sus trabajos científicos. Unamuno es el único obligado, por modestia, a no apoyar sus argumentos en el hecho contrario; ¿cómo, pues, sin ser inmodesto o sin ser ilógico se apoya en sus teorías acerca de la miseria de las ideas y de los estudios, para sacar en consecuencia que él debe estimar más que todo sus versos y sus cuentos y novelas?

* * *

Ensayos es un libro notable, verdaderamente excepcional en España. Los que en esta tierra son capaces de escribir algo de la misma fuerza, que son muy pocos, no sueñen tener valor para escribirlo, o no han creído llegada la ocasión de hacerlo; los que escriben con igual valentía son, generalmente, hombres más audaces que entendidos en tan delicadas materias. Sí, es nuevo el libro aquí por el fondo y por la forma. Por la forma, porque es de filosofía, y no de la más llana, y sin embargo se presenta sin aparato didáctico, sin andamios de erudición, y en castellano claro, terso, amenísimo, a veces elocuente e inspirado, sobre todo en *La Fe*, que a mi juicio es infinitamente superior al resto del libro.

En Francia, y aun en otros países, pero en Francia particularmente, abunda esta literatura al par artística y de valor filosófico; no en dramas y novelas de tendencia, que eso es otra cosa, sino en trabajos como los de Renan en sus *diálogos*, por ejemplo, algunos de France, de Bouquet, etc. Ruskin, el gran Ruskin, gloria de Inglaterra, tiene también es-

tudios por el estilo; lo viene a ser alguno de Schopenhauer, y en rigor son de tal clase muchos de los de Nietzsche, que hoy empiezan a divulgarse entre los pueblos latinos.

En este género de literatura, aquí no espigado, puede hacer muy buen papel el libro que examino.

¿Opino yo que la filosofía *pura, directa*, puede ser tratada en esta forma *popular, literaria*, que no exige gran preparación, que pueden entender, más o menos, muchos? También aquí distingo. Un tratado como el de Lachelier acerca de *la Inducción*, o como el de Bergson acerca de los *datos inmediatos de la conciencia*, o los de Boutroux sobre la *Contingencia*, no pueden escribirse en forma popular, clara para todos. Ya se sabe que Boutroux decía, en tal sentido: "si me obligan a ser claro, renunció a filosofar". Y no porque la oscuridad esté en las palabras, como en muchos autores alemanes, por ejemplo —más en los antiguos que en los del día— cuyo particular tecnicismo es un caos para el profano; hoy, en Francia sobre todo, el filósofo escribe, por lo que toca a las palabras, como un *literato*, pero la dificultad está en las ideas que hoy se quieren expresar. Bergson, el nuevo Descartes, según le han llamado, es un gran artista de la palabra; llega a decir lo que parece indecible, y ¡qué pocos le han entendido del todo, aun contando filósofos como Rauh, Fouillée, Couturat, etc.!

Pero la filosofía tiene otros aspectos, sobre todo cuando es una preparación, una *propedeútica*, que se presta mejor a la forma *literaria*. El mismo asunto de *Ensayos*, y más en el segundo tratado, tiene otro punto de vista hondo, difícilísimo, que no podría ser expuesto en la forma clara, amena, elegante, que Unamuno emplea. Pero se ve que su propósito no es producir rigurosa filosofía, sino *predicarla*, lo cual es otra cosa; y así expone dogmáticamente, procura despertar intuiciones que sean ecos de las suyas, no razona mucho, no *prueba*, tiene fe en la armonía entre su conciencia que aquello le dice y la de el lector que él cree que dirá lo mismo.

Entre los libros de Nietzsche, y otros pensadores de propaganda, no veréis otro procedimiento. ¿Cómo no han de emplearlos hombres que como el nuevo Zarathustra y Unamuno declaran que no temen contradecirse que

no les importa? Además, Unamuno descarga, y hace bien hasta cierto punto, su opúsculo de citas y referencias a doctrinas y autores que en un sentido o en otro, puedan coincidir con sus teorías y darles la fuerza de su autoridad. No cita a nadie; todo lo dice como si aquellas novedades, que lo serán para muchos, se le hubieran ocurrido a él solo, o como si no supiera él que ya han sostenido cosas parecidas otros. Pero no se crea que esto es por vanidad, por echarlas de *inaudito*, sino por... una de dos, o porque, en efecto, él pensó todo aquello, sin relación con nadie, sin conocer a sus similares de ahora, o porque para su propósito actual nada importaba la parte *erudita*, la *historia* de las ideas que defiende. Dada la mucha cultura filosófica de Unamuno, esto último es lo más probable.

No diré yo que a ratos no *zaratustree* un poco el autor, no por la calidad de las opiniones, que están bien lejos de las de Nietzsche, sino por la manera de la exposición.

Mas en general las teorías de Unamuno no son *salidas* ni paradojas *extravagantes* de pensador aislado, envuelto en su orgullo; no, lo que Unamuno dice a su modo, con la originalidad capital y evidente de decirlo por su cuenta, por haberlo *discurrido* él, aunque algo semejante —no igual— haya oído o leído, lo dicen hoy otros muchos, con *matices* diferentes y para fines, a veces hasta opuestos. Hoy... y *ayer* también se ha dicho algo así.

Pero hay que separar el segundo ensayo del tercero. (Del primero, secundario en este respecto, no hablo ahora). *La Fe*, en lo que no es derivación, corolario de *La ideocracia*, es para mí admirable, tiene todas mis simpatías, es bellísima expresión de continuos pensares míos. *La ideocracia* es para mí doctrina errónea expuesta con elocuencia. Mas de todo ello hay semejanzas en libros y estudios bien recientes, y en sentidos bien opuestos por cierto. Brounshwieg ha dicho de la verdad y de su relativismo algo más *protagórico* que eso que ahora dice Unamuno, mal que me pese. Simmel en su trabajo *Ueber eine Beziehung der Selectionslehre zur Erkenntnisstheorie*, y en su estudio sobre *El pensamiento teórico y los intereses prácticos* expone su célebre teoría de la verdad útil-evolutiva,

que llega a ser desinteresada cuando ya no se necesita para su fin práctico. Teoría más radical que la de Unamuno, con serlo ésta bastante.

Es claro que para esa tendencia peligrosa de la *ideofobia* de Unamuno ya encontramos antecedentes en los escépticos, en los sofistas, en Protagoras singularmente; y en otro sentido menos abstracto, más peligroso, en Montaigne, en Pascal... a quien yo quisiera que Unamuno estudiara mucho para... evitarle. Respecto de la doctrina de *La Fe* (la no derivada indebidamente del estudio anterior), son muchísimas las analogías que podemos encontrar en la ciencia actual, aun sin salir de la pura filosofía. De memoria, sin consultar, puedo citar ahora ejemplos varios: Recejac, *Fundamentos del conocimiento místico*; Gourd, *Las tres dialécticas*; Gibson y James, Marillier, etc., en varias obras, y el Abate Mercier (2).

Mas, enlazado o no el pensamiento de Unamuno, en su estudio *La Fe*, con la filosofía y la crítica actual de parecido sentido, su artículo es muy original, muy profundo, muy valiente, elocuentísimo, gracioso, oportuno, y en España de novedad absoluta.

Y aquí no tengo más espacio. En otros muchos periódicos hablaré de *Ensayos*, y acaso sean ellos el asunto del primer folleto que yo publique al empezar la segunda serie de mis interrumpidos *Folletos literarios*.

¡Hacen pensar tanto libros como el de Unamuno!

“CLARIN”

(2) Este último nombre no figura en el texto impreso y fue añadido al margen por su autor. En la carta que le escribió Unamuno el 10-V-1900, y a propósito de esta relación le dice: “Aunque lo tengo anotado hace tiempo en mi *adquirenda*, no conozco a Recejac, ni a Gourd, ni a Gibson, ni a Marillier, ni al abate Mercier (a James, el progenitor intelectual de Bergson, sí). Leo poco, porque leí mucho; sólo Hegel me ha alimentado para largo rato. El núcleo de mi estudio *La Fe* es de obras de teología luterana, de Hermann, de Harnack, de Ritschl”. (*Epistolario*, pág. 101).